

en breve podría unirse al hombre que adoraba, se levantó cuando iba a sentarse, pareciéndole que las horas pasan más veloces cuando el que espera se encuentra en movimiento. Willey, al notar aquel cambio de pensamiento, hizo un gesto de impaciencia. La joven, bien ajena de pensar que era el objeto de la atención de su raptor, avanzó serena hacia la puerta. Willey se estremeció. No sabía qué hacer; si permanecer allí o retirarse precipitadamente. Lo primero, le parecía exponerse a perderlo todo, si por desgracia Luz se aproximaba y le veía. Lo segundo, pues, juzgó más conveniente. Pero cuando se resolvió a hacerlo, ya la joven se hallaba a corta distancia, y se vió precisado a permanecer quieto, para no alarmarle con el ruido de sus pasos.

La joven se detuvo casi en el umbral de la puerta, pensando si sería conveniente salir o permanecer en la pieza. El doctor, pálido y conteniendo la respiración, se arrimó a la pared cuanto le fué posible. La hermosa dió vuelta en aquel instante, dirigiéndose al centro del cuarto. Willey respiró con libertad. Luz, cansada de esperar de pie, volvió a acercarse al sillón. En el rostro del que espía se retrató la esperanza.

De repente, se oyeron casi a la vez un ruido extraño y un agudo grito lanzado por la joven. El doctor asomó la cabeza, exhaló una exclamación de alegría; y penetrando en la pieza, y cerrando tras sí la puerta, exclamó con satánico placer, que hizo estremecer a la desdichada joven, que se veía sujeta fuertemente por los brazos del sillón:

—¡Ya es mía!

CAPITULO XXV

Sin esperanza

Mientras tenían lugar los acontecimientos que llevamos narrados en el capítulo anterior, Duval permanecía en la calle en espera de su infame amigo. Viendo que tardaba en bajar, se puso a pasearse en la misma acera, pero sin alejarse mucho, para hacer menos pesado y largo el tiempo. La noche, tranquila y serena, formaba contraste con las negras borrascas que combatían su agitado espíritu. Ninguna persona transitaba en la calle. El silencio que reinaba en todas partes era sepulcral. Las puertas de las casas estaban cerradas, y sólo en una que otra tienda, de triste aspecto, de las que se encuentran en el humilde barrio

que nos ocupa, se veía la opaca luz de alguna flaca vela, colocada dentro de algún negro farol de papel, colgado del sucio techo.

De repente, se oyeron pasos en el extremo de la calle. Duval levantó la cabeza, y descubrió el bulto de dos hombres que traían aquella dirección. Fijó la atención en ellos y por el traje que vestían conoció que eran dos personas de la alta sociedad. Esto le sorprendió sobremanera. Y en efecto; la presencia, en aquel barrio y a la hora que era, de dos personas del círculo a que revelaban pertenecer aquéllas, debía sorprenderle. Por aquel rumbo sólo habita gente pobre que no ha entrado en la moda de la levita ni del frac, y por lo mismo, pensó que los que se acercaban debían traer algún objeto muy particular. Para otro hombre, cuya conciencia descansase en las buenas acciones que ha practicado, la presencia de aquellos dos transeuntes no hubiera sido más que un objeto de ligera curiosidad; pero para Duval que tenía a todas horas la aclaración de sus crímenes, era motivo de alarma y de temor.

—¿Qué buscarán por aquí?—murmuró entre dientes.

Y el primer pensamiento que le asaltó le hizo estremecer. Don Félix se hallaba en capilla y próximo a ser conducido al patíbulo. ¿Había podido revelar algo que indicase quiénes eran los asesinos de Flan? Duval palideció con esta idea. Sabía que muchas veces los crímenes más ocultos se descubrían de una manera inesperada y providencial. Su imaginación le presentó en aquel mismo momento mil casos en que la causa de la inocencia había triunfado, cayendo el castigo sobre los verdaderos culpables, cuando más seguros se creían de haber engañado a la justicia.

—Sí —añadió interiormente dominado por el temor que despertaron en su alma aquellos ejemplos—; estos dos hombres pueden ser muy bien dos encargados de la justicia. Habrán sabido tal vez dónde nos hallamos, y vienen a sorprendernos en la casa del doctor.

Y dominado por esta idea, trató de alejarse de aquel sitio para salvarse. Pero era imposible separarse de allí, sin llamar a su vez la atención de los que se acercaban.

—¿Qué hacer? —pensó inquieto y sobresaltado—. Penetrar en la casa de Willey para avisarle del peligro y esconderme en ella, es entregarme a mis enemigos, que sin duda vienen a apoderarse de los que la habitan.

Y dirigió a todas partes la espantada vista, buscando un punto por donde pudiera salvarse. Las dos personas que se acercaban estaban ya a pocos pasos.

—¡Ah! ¡tal vez esta puerta no esté cerrada con llave!
—pensó mirando a la que se encontraba contigua a la del doctor—. ¡Veamos!

Y sin detenerse, y rápido como una exhalación, se lanzó sobre ella, la empujó, y en su semblante brilló la alegría más intensa. La puerta se abrió: Duval penetró por ella; volvió a cerrarla prontamente, y ansioso de saber lo que pasaba, se quedó junto a ella mirando por el agujero de la cerradura. Los hombres hicieron alto allí mismo. Duval temió que le hubiesen visto entrar, y se propuso hacer por dentro toda la fuerza necesaria para impedir que abriesen la puerta en caso de que lo intentasen. Pero nada de esto fué necesario. Desde las primeras palabras que pudo escuchar, comprendió que nada debía de temer. Sin embargo, siguió aplicando el oído, y oyó atentamente el siguiente diálogo que sostenían los dos interlocutores:

—¿Seguimos adelante?

—Sí, porque de esa manera podremos empezar a preguntar desde la última casa de la calle, hasta dar con la que buscamos.

—Tiene usted razón, porque de esa manera se ahorra más el tiempo.

—Usted preguntará en una acera, mientras yo hago lo mismo por la otra.

—Perfectamente.

Y los dos interlocutores se alejaron con dirección al fin de la calle. Duval, que había permanecido quieto y con el oído pegado a la cerradura, quedó tranquilo al ver que nada tenía que temer.

—Andan buscando a algún amigo—dijo.

Y volvió a aplicar el oído a la cerradura para cerciorarse de que se habían alejado.

Nada se oía. La voz de los dos individuos había cesado. El ruido de sus pasos se escuchaba lejano. Duval, pues, se persuadió de que nada debía de temer, y se dispuso a salir. De repente, llamó su atención un objeto. El zaguán en que había entrado daba a un agradable patio con árboles y enramada, en el cual se veía a una mujer de esbelto cuerpo y decentemente vestida, ocupada en quitar la ropa que había tendido sobre unas cuerdas, por la tarde, para que se secase. La luna brillaba en aquel momento, limpia y esplendente. La mujer estaba de espaldas hacia Duval, y por lo mismo, no había visto a éste.

El socio del doctor, sin cuidarse en ella, iba a avanzar, cuando la mujer, con algunas piezas de ropa en la mano,

dió vuelta para dirigirse a su cuarto. Los ojos de él y los de ella se encontraron entonces, y los dos dejaron escapar con sorpresa un nombre:

—¡Amalia!

—¡Duval!

Y la preceptora retrocedió algunos pasos horrorizada. Luego, como si le amenazase un gran peligro, trató de huir.

—¡Ah! ¡No..., no te alejes por piedad!! —exclamó Duval cerrándole el paso—. ¡Fuí un criminal contigo; pero yo necesito tu perdón en estos instantes, que serán los últimos que permanezca en este país en que tú te quedas.

—¡Mi perdón! ¿Y qué vale mi perdón, si con tus obras te atraes el aborrecimiento de Dios? ¡Tiempo hace que yo te he perdonado la sangre de mi padre y mi desgracia!

—¡Ah! ¡siempre tan buena como cuando mi corazón no estaba aún agobiado por el horrible peso del crimen! Pero ¿qué ha sido de ti, desde el instante en que horrorizada de mi infamia, huíste de mi lado? ¡Ah! ¡no me niegues la última gracia que te pediré en mi vida! ¡Quiero conocer todos los padecimientos que por mí has sufrido, para tratar de expiarlos! ¡Sé que un mar de sangre me separa de ti...; pero a este mar de sangre, quiero poner un camino de penitencia para llegar a Dios!

—Bien: mi historia no será larga; pero prométeme que, tan luego como la haya terminado, te alejarás para que no tenga el dolor de ver delante de mis ojos al asesino de mi padre.

—¡Ah! ¡te lo prometo, virtuosa Amalia..., te lo prometo!

—Esta es la última vez que nos vemos y que nos hablamos.

—Sí..., ¡la última!

—Escucha, pues todas las consecuencias que trajo tras de sí el primer paso que diste en la senda del crimen.

—¡Habla..., habla, por piedad!

—Cuando llegué a saber que no solamente habías derramado la sangre de mi padre, sino que un falso sacerdote nos había unido, me retiré horrorizada de tu lado, y fuí a ocultar mi dolor y mis lágrimas a un humilde pueblo cercano a la capital. Allí habitando una casita, y sin otra compañía que la de una mujer que tomé para que me ayudase en lo más preciso, viví algún tiempo con lo que me producían las alhajas que traje de Haití, y que iba vendiendo poco a poco. Triste era mi situación; pero mi amargura se aumentó terriblemente cuando el cielo me hizo madre de dos inocentes criaturas, fruto de nuestra falsa unión.

—¡Madre!—exclamó sorprendido Duval.

—Sí; madre de dos ángeles que nacían condenados a ignorar el nombre del ser que me había hecho desgraciada para siempre.

—¡Oh! ¡he sido un criminal! Pero continúa, continúa.

—Nunca creí que el corazón pudiera tener tanto amor, y pasión tan profunda y acendrada, a los frutos nacidos de un enlace ilegítimo. Pero, ¡ah!, ¡cuán dulces son esos objetos! ¡Cuánto ama una madre a los hijos de sus entrañas, aunque tenga que llorar la causa de haberles echado al mundo! Celosa de su amor, jamás consentí que pecho alguno, que no fuese el mío, los alimentase. Todo mi afán, todo mi cariño estaba reconcentrado en aquellos dos seres inocentes, y el dinero que me daban por mis joyas lo dedicaba a comprar decente ropa con que vestirlos. Así transcurrió un año, hasta que un día me encontré con que la criada que me servía, había huído por la noche, llevándose todas mis alhajas.

—¡Qué infamia!

—Yo quedé triste y abatida, no por mí, sino por aquellas tiernas criaturas que se quedaban en la miseria más espantosa. Nada me quedaba ya: ropa, dinero, joyas, todo se llevó la despiadada mujer en quien yo había depositado mi confianza. ¡Oh...! ¡aquél fué un golpe atroz para mí! Sin alimento..., triste..., con la salud quebrantada por los padecimientos y privaciones, ¿cómo sustentar a mis amados hijos...? Entonces resolví servir; la vida de aquellos dos ángeles me interesaba aún más que la mía, y para que no pudiesen de hambre, me dirigí a varias casas, solicitando destino. Pero nadie quiso recibirme: mis hijos eran el obstáculo que encontraban todos para admitirme. ¡Mis hijos! ¡Entonces resolví pedir limosna!

—¡Limosna!—exclamó Duval conmovido.

—¿Sabes tú lo que es pedir limosna...? ¡Ah! ¡felicidades los que no se han visto precisados a pedirla! Es la pena mayor, es el tormento más terrible que existe en la miseria humana... ¡Pedir limosna...! ¡Sólo por los hijos puede sufrir una madre las humillaciones y los desprecios con que el mundo trata al mísero mendigo...! Pero mi suerte no se mejoró con aquel sacrificio... Mis pobres criaturas se morían de hambre; eran unos miserables esqueletos que sufrían sin que yo les pudiese proporcionar alivio alguno. Sin embargo, era preciso remediar su suerte, aunque para ello fuese necesario hacer un gran sacrificio. Sí, era preciso y medité. Entonces concebí la idea de apartarme de

ellos, en tanto que buscaba los medios para que mejorase su posición.

—¿Y qué hiciste?

—Informada de que dos matrimonios que abundaban en virtudes y riquezas, carecían de hijos, no titubeé en exponer, de noche, y a la puerta de cada uno, a los frutos desventurados de mis entrañas.

—¡Qué escucho!

—La noche estaba oscura y triste como mi corazón; y yo, envuelta en sus sombras, y arrimada a una esquina, esperaba impaciente a que las puertas de las dos casas, que por fortuna estaban en una misma calle, se abriesen. El frío era intenso... ¡Mis dos criaturas lloraban, y yo también lloraba! Poco después miré, llena de júbilo, abrirse la puerta de ambos edificios, salir de una y otra una criada, recoger a mis queridos hijos, y entrar con ellos cerrando la puerta. ¡Ah!, era madre; y al dejar a aquellos ángeles..., al separarme de ellos, sentí dentro de mi pecho un dardo agudo que me traspasaba el corazón.

—¿Y esos hijos?—preguntó Duval.

—Ignoro dónde están.

—¿Cómo!

—Yo, anhelando hacer algunos ahorros para volver a recogerlos, salí de México, sirviendo a una familia que marchaba a Durango; pero la desgracia que me perseguía, Dios sin duda, que trataba de poner a prueba mi resignación, dispuso que antes de llegar a aquella ciudad nos acometiesen los indios bárbaros, y cayésemos cautivos. En poder de esas hordas feroces permanecí por muchos años, y cuando hace aún poco tiempo pude volver a México y me acerqué a la casa en que vivían esas familias, supe que habían salido de la capital, y aunque pregunté por el punto en que se hallaban, nadie supo darme razón de la nueva población en que habitaban.

—Pero, ¿no les colocaste a tus hijos, al abandonarlos, alguna señal que te los hiciese reconocer algún día?

—Sí, una.

—¿Cuál?

—Un medallón en que estaba grabado el nombre de cada uno.

—¿Un medallón?—exclamó Duval admirado.

—Sí, un medallón de metal blanco, primorosamente labrado.

—¿Y qué nombres eran esos?—preguntó con ansiedad y todo conmovido Duval.

—Luz era el uno.
—¡Luz!—dijo el socio del doctor poniéndose pálido como la muerte.

—¿Qué te pasa?—preguntó Amalia notando la mutación que se había operado en el semblante de su interlocutor.

Duval, sin escuchar la pregunta, y sacando apresuradamente el medallón que le había entregado la hermosa cautiva, se lo mostró a Amalia preguntándole:

—¿Es éste alguno?

—¡Oh!, sí —gritó fuera de sí de alegría la desdichada mujer—. ¿Quién te lo ha dado? ¿Dónde está la joven que lo llevaba?

—¡Al borde de la deshonra! —exclamó fuera de sí Duval—. ¡Ah!, es preciso salvarla...; ¡salvar a nuestra hija!

Y sin escuchar la voz de Amalia, y guardando al instante el medallón, salió a toda prisa a la calle; empujó la puerta de la casa del doctor; subió en dos saltos las escaleras, y encendidos de ira los ojos, se presentó, blandiendo el puñal, en la pieza donde se encontraba Luz, dejando escapar una exclamación de ira. El infame Willey, que en aquel momento se dirigía sobre su víctima para envilecerla, se detuvo sorprendido. La joven, al ver a Duval dió un grito de esperanza, y exclamó bañada en lágrimas:

—¡Salvadme..., salvadme!

—Sí..., la salvaré —dijo Duval—. Y tú, infame, perece bajo el agudo filo de mi puñal.

Pero al mismo tiempo que se arrojaba sobre el doctor para herirle, éste sacó una pistola y le apuntó. ¿Qué pasó después?

CAPITULO XXVI

El sentenciado a muerte

¿Porqué está agolpado ese gentío a la puerta de ese vasto y sólido edificio, donde gimen los criminales? ¿Por qué ese afán y esa ansiedad por colocarse en buen sitio? ¿Va a tener lugar algún alegre espectáculo, que regocije a la humanidad?

No, nada de eso. Esa agitación, ese bullicio y ese anhelo por colocarse en punto principal y elevado, reconoce por causa un acontecimiento desgraciado. Un hombre está condenado a caminar al patíbulo, y todos ansían verle y reconocerle. No es la compasión la que allí les ha con-

ducido, sino la curiosidad; el deseo de ver, para contar después si marchaba abatido o con valor a la muerte, si contrito o independiente, y dar razón de su figura, del traje que llevaba, y hasta de las más ligeras consecuencias que acompañaron al último instante de su vida.

Próximo al sitio en que se alza el espantoso patíbulo se ven multitud de personas a caballo, esperando el momento de la ejecución; coches de alquiler llenos de gente, sobre cuyos techos están sentados algunos amigos de los aurigas; gran número de carros, cuyos conductores que dejan subir al pueblo bajo a los primeros, se han detenido allí para presenciar la sangrienta escena que va a tener lugar; y una infinidad de harapientos muchachos que, encaramados en los árboles, se constituyen en vigías de lo que pasa en cuanto abarca la vista.

Al ver aglomerado allí un pueblo entero, esperando con avidez que llegue el momento de que se presente el reo, una idea triste le asalta al hombre humano y pensador que viene a helar su corazón. La indiferencia con que la sociedad mira el horroroso fin de uno de sus miembros. A todos los concurrentes a esos sangrientos dramas les aparecen largos los instantes que aun faltan para que el reo camine al patíbulo, en tanto que el desventurado preso que va a dejar su familia, sus amigos, sus hijos tal vez, siente que las horas resbalan sobre su cabeza con una rapidez espantosa, y ve las puertas de la eternidad delante de sus ojos.

—Ya son las siete y cuarto, y la ejecución estaba anunciada para las siete—decía uno del bajo pueblo que estaba en su compañía.

—De veras que sí; y eso es engañar al público: por eso me «cuadran» los ingleses de Inglaterra, por la «esautitud».

—Y qué, ¿es cierto lo que cuentan?—añadió uno de los cuatro.

—¿Qué, valedor?

—¿Qué es persona decente?

—De levita y reloj, nada menos.

—¡Y luego dicen que nada más los «probes semos maletas, sarape». En todas partes cuecen habas.

—Unos tienen la fama y otros cargan la lana, valedor.

—dijo el del «al tiro una mala aición».

—Y ése las coció gordas, porque asesinar a su «principal» es de «al tiro una mala aición».

—¿Su principal?